

La IV^a Internacional después de Trotsky. Su vigencia como historia

Matías Villar

Facultad de Filosofía y Letras -Universidad de Buenos Aires

matvillar@gmail.com

Resumen

La pertinencia de la proclamación de la IV^a Internacional, concretada en septiembre de 1938, fue eje de un debate político entre los adherentes al movimiento liderado por León Trotsky desde su exilio mexicano. El movimiento trotskista aparecía “contra la corriente” de un proceso histórico reaccionario. Fue, al mismo tiempo, la conclusión de la última batalla política librada por el revolucionario ruso antes de su asesinato y a la que, según sus propias palabras, calificaba como la “tarea más importante” de su vida. En el presente artículo, el primero de una serie que abordará la historia de la IV^a Internacional, examinaremos las circunstancias que rodearon su fundación formal. Nos detendremos, en particular, en un análisis del Programa de Transición y en el debate en torno a la caracterización de la URSS en las postrimerías de la Segunda Guerra Mundial.

Introducción

La proclamación de la IV^a Internacional en septiembre de 1938 fue el resultado de varios años de lucha política al interior del movimiento que acompañaba a León Trotsky. De acuerdo con su programa fundacional, la IV^a Internacional era la respuesta a “las más grandes derrotas que el proletariado registra en su historia”. En septiembre de 1938 el mundo se encontraba en vísperas de la Segunda Guerra Mundial: la barbarie nazi-fascista se enseñoreaba en el centro de Europa, mientras que por otro lado, el stalinismo culminaba con la masacre en masa de disidentes y opositores (procesos de Moscú) luego de haber traicionado la revolución en Francia y España.

La IV^a Internacional nacía “contra la corriente” de ese escenario, proponiéndose el objetivo de mantener la continuidad histórica del bolchevismo (apropiado –y traicionado– por el stalinismo) construyendo un partido internacional, un programa y una orientación política que le permitieran intervenir en un próximo período revolucionario. Desde su exilio en México, Trotsky afirmaba en su diario en 1935, que poner en pie esta organización era, junto a la lucha contra Stalin, probablemente la tarea “más importante de mi vida, más importante que el período de la guerra civil o cualquier otro” (Deutscher, 1969: 231). Era el único dirigente revolucionario del Octubre Ruso que había sobrevivido primero, a la traición de la socialdemocracia, y después a las purgas, asesinatos y degeneración del stalinismo. Cargaba consigo, y en soledad, la responsabilidad “indelegable” de la continuidad física, intelectual y espiritual de una generación revolucionaria.

Frente a semejante contexto, ¿era pertinente la fundación de una pequeña organización de revolucionarios que se enfrentara simultáneamente al imperialismo, al fascismo y al stalinismo? ¿Era posible semejante empresa para una serie de militantes revolucionarios perseguidos y exiliados? Ante la inminencia de una nueva guerra imperialista, ¿cuál debía ser la actitud a adoptar frente a la URSS? ¿Seguía siendo, a pesar de la “burocracia anticomunista” que asesinaba trotskistas y revolucionarios, que ocupaba territorios a fuerza de tanques y espadas, un “estado obrero”? Habiendo nacido débil y “contra la corriente”, ¿en qué fundaba Trotsky tanto “optimismo” respecto que la IV^a Internacional pudiera jugar un papel en un futuro proceso revolucionario? ¿Cuál debía ser el programa adecuado para intervenir entre las masas en este escenario inédito de catástrofe social?

Estos interrogantes dominaron los debates de quienes, con Trotsky, fundaban la IV^a Internacional. Muchos de ellos condujeron a rupturas y escisiones dentro del pequeño reagrupamiento, tanto en el período anterior como en el posterior a su fundación; la mayoría de ellos entre los miembros de su dirección internacional. Con el presente trabajo, que forma parte de una elaboración más importante dedicada a estudiar la historia de la IV^a Internacional, nos proponemos analizar cómo, dentro de las circunstancias políticas e históricas que rodearon los primeros dos años de la organización, fueron abordados estos interrogantes y en definitiva demostrar los elementos que sostenían –y sostienen– no sólo la pertinencia de la fundación de la IV^a Internacional sino también su vigencia histórica. Junto con ello explorar la producción teórica y metodológica expuesta que, en estos primeros años, correspondió fundamentalmente a Trotsky, frente a cada uno de estos debates que, de una manera u otra, tendrán su continuidad en las polémicas que con el correr de los años se desarrollarán en el interior del movimiento que se

reivindicó trotskista luego del asesinato del líder ruso.

El Congreso fundacional

La Conferencia que fundó la IVª Internacional se reunió el 3 de septiembre de 1938 en Périgny, una aldea de las afueras de París. De la misma participaron veintidós representantes de organizaciones de once países: Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia, Polonia, Bélgica, Holanda, Grecia, la URSS y un delegado brasilero que lo hacía en nombre de las secciones latinoamericanas.¹ No participaron, por diversas circunstancias, representantes de una veintena de países más en los que se registraban militantes o simpatizantes: México, Cuba, Argentina, Chile, China, Indochina, Sudáfrica, Australia, España, Austria, Checoslovaquia, Dinamarca, Canadá, Suiza, Yugoslavia, Palestina e India, entre otros. Tampoco pudo asistir León Trotsky, responsable de los principales documentos a discutir, debido a su reciente exilio en México. La conferencia lo votará como miembro honorario y secreto –bajo el seudónimo de Crux– del Comité Ejecutivo Internacional (CEI).

La Conferencia se reunió en condiciones de clandestinidad y por seguridad sesionó, en reunión plenaria, durante un solo día sin interrupción. Se buscaba evitar así al servicio secreto stalinista (NKVD) que había asesinado en los últimos años a importantes dirigentes y militantes que adherían a la IVª en todo el mundo. Tan solo un par de semanas antes había aparecido descuartizado, en París, el cadáver de Rudolf Klement, secretario administrativo del movimiento y uno de los principales organizadores del encuentro. Con él había desaparecido importante documentación destinada al mismo. A comienzos de año había sido asesinado también uno de los dirigentes más importantes del movimiento: León Sedov, el hijo de Trotsky. Previamente habían sido ejecutados, entre otros, Erwin Wolf e Ignace Reiss.

Durante toda la década del 30 habían sido perseguidos, asesinados y encarcelados miles de militantes y dirigentes que adherían a la Oposición de Izquierda tanto en la URSS como en otros países del mundo. La IVª Internacional, aún antes de nacer formalmente, era, probablemente, la organización política más perseguida del planeta. Los dispositivos de seguridad, sin embargo, no pudieron impedir la presencia, como infiltrado, del agente stalinista Mark Zborowski, alias Etienne, que intervino como representante de la sección rusa (Deutscher, 1969: 379).

En estas condiciones la Conferencia discutió documentos que habían sido preparados con varios meses de anticipación. El extenso temario iba desde la situación en España (en las postrimerías de la revolución y la guerra civil) a la URSS, pasando por la guerra mundial en ciernes, la situación en Francia y el extremo oriente (apoyando a China en su guerra contra el Japón), las colonias y América Latina. Junto con esto abordaba los problemas de las secciones y los estatutos.

Pero la Conferencia, como señalaba uno de los documentos redactados por Rudolf Klement, había sido convocada con un objetivo central:

Que aquellos que luchan a través del mundo por el programa bolchevique de la IVª Internacional

construyan, consoliden, amplíen su organización internacional, adopten reglas comunes de conducta sobre la base de su programa común, apliquen en el plano nacional e internacional el centralismo democrático (Klement, 1988 [1938]).

Su propósito fundamental era, entonces, proclamar la fundación efectiva, como partido centralizado mundial, de la IVª Internacional. Tres delegados votaron contra esta moción.² Los dos de la sección polaca –en la que militaba Isaac Deutscher, futuro biógrafo de Trotsky– planteaban que su fundación era inoportuna por la coyuntura histórica y su carácter “minoritario”. Sostenían que, de acuerdo con el informe introducido por Pierre Naville, si bien la futura Internacional tenía una actividad regular en veintisiete países, era muy pequeña, con poca influencia en el movimiento de masas y sumadas todas las secciones contaban con pocos miles de militantes en todo el globo.

Similares argumentos habían esgrimido previamente un pequeño número de militantes de los Países Bajos (dirigidos por George Vereecken y Henricus Sneevliet) y de franceses que no participaron de la Conferencia por no estar de acuerdo con una proclama que juzgaban “artificial” y “prematura” en relación a las organizaciones previas que, decían, estaban sostenidas por una base de masas. Una posición similar tenía el español Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) que, pese a las diferencias políticas que arrastraban desde hacia un tiempo en torno a la caracterización de la Revolución Española y el Frente Popular, había sido invitado en carácter de observador pero tampoco participó.³

Mendel (Stockfish), uno de los delegados polacos, lo ponía en los siguientes términos:

El futuro de la humanidad depende de la IVª. No debemos crear una ficción. A pesar de la represión la crisis del capitalismo plantea la cuestión de la revolución proletaria. Es el proletariado el que debe crear la IVª Internacional. Debemos iluminar a los trabajadores y preparar el movimiento. Si nos quedamos como un grupo de propaganda, los trabajadores no pondrán expectativas en nosotros, pero si somos una organización, los trabajadores nos exigirán liderazgo y no seremos capaces de guiarlos y se sentirán decepcionados. La Iª Internacional se basó en las fuerzas del proletariado francés e inglés. La IIª en las fuerzas del proletariado alemán. La IIIª en el de las fuerzas rusas, balcánicas, polacas y alemanas. Mientras la IVª no cuente con partidos de masa no podrá ser proclamada (Bensaïd, 1988: 44).

La lucha contra esta postura y la defensa del objetivo convocante fue liderada fundamentalmente por dos dirigentes: el mencionado Naville y Max Shachtman, que fue el encargado de presidir el encuentro. El planteo de los polacos, argumentaban, no se sostenía en la realidad ya que también las anteriores organizaciones habían nacido en períodos de reacción política. El momento actual exigía una organización política internacional revolucionaria que agrupase y delimitase fueran cuales fuesen las fuerzas. De acuerdo a los registros del Congreso Naville planteó:

Estos argumentos son históricos, no políticos. En vez de presentar analogías de las sucesivas internacionales, es necesario ver la situación concreta en toda su originalidad. La Iª Internacional nació de la nada, el proletariado se afirmó como clase: eso fue todo. No dirigió ninguna lucha, se mezcló con movimientos pequeño burgueses. La IIª se ligó a los aparatos del Estado, no tenía competencia, no se consideraba continuidad de la Iª. La IIIª no consiguió acabar con la IIª y viró también en un apéndice de un Estado. Esta situación de hecho es única: es necesario analizarla como tal. Estamos

definidos a escala nacional, con partidos, secciones, ligas, etcétera. Debemos definirnos, también, a escala internacional, tener una organización delimitada y no un campo de maniobras para corrientes confusas. Serán miembros de la IV^a los que acepten su programa, sus estatutos y sus decisiones. No es la Internacional “definitiva” porque ninguna es definitiva. No proclamamos la Internacional victoriosa: queremos una figura nítida para preparar las mejores condiciones para la lucha.

Las Internacionales no son cuadros fijos: son organizaciones de lucha. Su forma corresponde a su misión en un estadio determinado. La nuestra, en la actual situación mundial, consiste en acabar con las confusiones, facilitando así un agrupamiento a nuestro alrededor (Coggiola, 1990: 53).

La perspectiva de una dirección de masas y el cuadro político eran suficiente justificación para no postergar más una decisión que sólo podría conducir al diletantismo y a la adaptación frente a la adversidad. La decisión llevaba ya varios años y no podía seguir siendo postergada nuevamente. Como señala Frank, en la conferencia anterior, la de 1936 –también celebrada en Francia– la moción de Trotsky de proclamar la constitución de la IV^a Internacional no fue aceptada y por ello se constituyó como “Movimiento por la IV^a Internacional” (Frank, 1973: 48).

Aún así Trotsky remarcó en repetidas ocasiones contra la tendencia a hacer de la fundación de la IV^a Internacional un fetiche: el programa fundacional advertía que ella ya “existe y lucha” desde hacía varios años. La Conferencia que la proclamaba no consideraba con ello la tarea cumplida: si una serie de circunstancias políticas había demorado la proclamación formal en el pasado, otras tantas la hacían en ese momento impostergable (Rieznik, 2010). Pero, por sobre todo, lo que guiaba la necesidad de la proclamación efectiva era una convicción arañada del cuño leninista clásico: la guerra conduciría a nuevas revoluciones. Así como la guerra de 1914 fue el anticipo de la revolución rusa de 1917, una guerra con las características y dimensiones de las que se avecinaba exigía que el proletariado tuviera una referencia política (como fueron Lenin y los bolcheviques), aunque esta sólo consistiera en un programa y contara con un esbozo de organización que actuaran como punto de partida. Este era el argumento que Trotsky había defendido en los debates previos a la conferencia y en el propio documento central puesto en debate.

La IV^a Internacional se formaba en el período más agudo de la reacción y crisis de la vanguardia. Ése era su sentido histórico: superar la premisa de que “la crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria”. Las viejas direcciones del movimiento obrero, la II^a y III^a Internacionales, afirmaba Trotsky, habían sido las principales responsables de esas derrotas porque hacia muchos años que habían abandonado el barco de la revolución para pasar a defender intereses ajenos a la clase obrera: unos a la sombra de la burguesía, otros de la burocracia enquistada en el Kremlin.

Trotsky era consciente de la heterogeneidad política, juventud e inexperiencia del movimiento y consideraba que su mayor virtud –el nadar contracorriente en tiempos de chauvinismo y stalinismo– era su mayor defecto: muy pocas secciones tenían alguna implantación de masas en sus países y la mayoría de sus dirigentes provenían de la pequeña burguesía. Muchos de ellos, producto de exilios, eran extranjeros en sus países de residencia (Trotsky, 1939a).⁴ Justamente por eso, en su etapa previa, en España, Francia, Estados Unidos, por ejemplo, la IV^a había estado empeñada en la conformación de partidos de combate que intervinieran en la lucha de clases. Esa tarea había traído,

hasta entonces pocos resultados, no estaba concluida y era parte de los objetivos de la organización.

Pero, como señala Broué, Trotsky estaba también convencido que la IVª estaba más preparada que los bolcheviques frente a la Primera Guerra Mundial:

La diferencia entre la primera y segunda guerra está, para él, tanto en la situación objetiva, el agravamiento del estancamiento del imperialismo, como en la experiencia mundial acumulada por la clase obrera. Junto a estos factores, los sufrimientos y las miserias de la guerra ponían a la orden del día la toma del poder por el proletariado (Broué, 2000).

Por otro lado llegaban a ella con un programa político que había asimilado teóricamente el significado de grandes derrotas y experiencias pasadas, y por lo tanto mucho más sólido que el de los revolucionarios en 1914. Este programa era el corazón del congreso fundacional.

El Programa de Transición

La tesis central del Congreso de fundación era un documento de Trotsky titulado “La agonía mortal del capitalismo y las tareas de la IVª Internacional”, mejor conocido como el *Programa de transición*. Era una síntesis, adaptada a la nueva situación mundial, de las elaboraciones revolucionarias previas, en especial de los primeros cuatro congresos de la IIIª Internacional, respecto de la bancarrota del capitalismo (Hansen, 1978). Recogía la experiencia de los años de lucha de la Oposición de Izquierda contra la burocracia y respecto a la naturaleza de la URSS (Rieznik, 2010) (Roldán, 1988).

El punto de partida era la caracterización de que esta internacional revolucionaria debía actuar en la época de un capitalismo en descomposición, incapaz de ofrecer reformas sociales sistemáticas o de elevar el nivel de vida de las masas. Cualquier reivindicación real del proletariado, o aún de las capas oprimidas, conduce inevitablemente a la movilización política contra el estado, que se erige en garante de la propiedad privada y de la subsistencia del régimen social a través de privaciones y sufrimientos cada vez mayores sobre las masas.

El eje del Programa de transición está en señalar la contradicción que existe entre las condiciones objetivas de la revolución y la falta de madurez del proletariado y su vanguardia. La madurez de unas se medía por el grado, cada vez mayor, de internacionalización de las fuerzas productivas y el refuerzo simultáneo de las fronteras nacionales, contradicción que tornaba obsoletos simultáneamente tanto al estado capitalista como a la utopía stalinista del “socialismo en un solo país”. La inmadurez de las otras, por la demora y las derrotas de la revolución mundial frente al imperialismo y la burocracia (Coggiola, 2008: 180).

Para superar este obstáculo se proponía un “sistema de reivindicaciones transitorias” que sirvieran de “puente” entre “las reivindicaciones y la conciencia actual de amplias capas de la clase obrera que conduzca invariablemente a una sola y misma dirección: la conquista del poder por el proletariado”. Superaba de este modo la oposición entre el

programa reformista “mínimo” y el socialista “máximo” formulado por las corrientes de la socialdemocracia y el stalinismo. Roldán advierte sobre la necesidad de tomar las reivindicaciones transitorias en torno a un puente hacia un objetivo estratégico:

Las reivindicaciones del Programa no constituyen un compendio de reclamos aislados para ejercer una ‘presión’ determinada sobre los gobiernos burgueses o sobre los gobiernos burgueses ‘progresistas’ [...] No cabe calificar al Programa como un programa de acción, bien que todo él es un llamado poderoso a la acción revolucionaria. Su carácter de ‘transición’ estaba determinado por su método político, que se propone elevar la conciencia de las masas, desarrollar al máximo nivel posible su independencia de clase y con esto prepararlas activamente para la toma del poder. De esto se desprende que las consignas del ‘sistema de reivindicaciones transitorias’ no pueden ser tomadas aisladamente del movimiento de lucha real de la clase obrera, de su condición real de ‘puente’ o ‘transición’ a la revolución socialista (Roldán, 1988: 10).

De acuerdo con Roldán, ése fue el error en el que cayeron algunas de las corrientes y dirigentes. Cita, por ejemplo, un trabajo del griego Michel Raptis (Pablo) que en su folleto “la IVª Internacional, historia de sus ideas y sus luchas” (1958) señalaba como una demostración del éxito del Programa de Transición que “algunas de sus consignas (formen) parte hoy del programa oficial de varios organismos como la AFL-CIO en Estados Unidos, la COB boliviana y la CUT chilena”. O al francés Pierre Frank, cuando señalaba que “el Programa de Transición verifica su validez, particularmente en el período posterior a la guerra, cuando las organizaciones tradicionales se vieron obligadas por las circunstancias a adoptar una parte de las consignas que en él figuraban” (1973: 52). Cuando las organizaciones tradicionales y sus direcciones burocráticas, dice Roldán, utilizan algunos de los reclamos extraídos del sistema de reivindicaciones transitorias, lo hacen “no para ayudar a las masas a independizarse de la burguesía, sino para estrangular su movilización en el cuadro de la defensa del Estado burgués”.

Es en este punto en el que se encuentra otro de los ejes del documento: la consigna de “gobierno obrero y campesino” como consigna de poder en el período de transición. Como veremos en próximos trabajos, se trató de una consigna que fue materia de polémicas importantes dentro del movimiento trotskista mundial, a la hora de apreciar la naturaleza de la consigna y la precisión –o no– en la caracterización de un conjunto de fenómenos políticos y revoluciones en distintas partes del globo en el período de posguerra (China, Cuba, Argelia, Vietnam).

Según el *Programa de transición* el “gobierno obrero y campesino” debía ser el norte político al que apuntaran todas las consignas y reivindicaciones: “los obreros deben romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para establecer en común con los campesinos su propio poder”. Dice:

La fórmula de ‘gobierno obrero y campesino’ aparecida por primera vez en 1917 en la agitación de los bolcheviques fue definitivamente admitida después de la insurrección de Octubre. No representaba, en este caso más que una denominación popular de la dictadura del proletariado, ya establecida [...] La consigna de ‘gobierno obrero y campesino’ es empleada por nosotros, únicamente, en el sentido que tenía en 1917 en boca de los bolcheviques, es decir, como una consigna antiburguesa y anticapitalista, pero en ningún modo en el sentido ‘democrático’ que posteriormente le han dado los epígonos, haciendo de ella, que era un puente hacia la revolución, la principal barrera en su camino (Trotsky, 1983 [1938]: 46-48).

La consigna era una consecuencia “inevitable de toda táctica de frente único”. El reclamo de que las viejas direcciones (sindicales y políticas) que se apoyan en los obreros y campesinos rompan políticamente con la burguesía y luchen por un gobierno obrero tenía, sobre todo, una función educativa: por un lado, se buscaba mostrar a las masas la incapacidad y la traición de su vieja dirección y por el otro, un llamado a los trabajadores que siguen a esas direcciones a luchar por el poder.

En línea con los planteos de los primeros congresos de la Internacional Comunista, el *Programa de transición* concibe a esta consigna como un puente hacia la dictadura del proletariado y no como una etapa intermedia entre ella y la dictadura de la burguesía. En su cuarto congreso de 1922 la IIIª Internacional había aprobado unas tesis en las que, refiriéndose específicamente al “gobierno obrero”, advertían “no perder de vista que si todo gobierno burgués es al mismo tiempo un gobierno capitalista, no es cierto que todo gobierno obrero sea un gobierno verdaderamente proletario, es decir un instrumento revolucionario de poder del proletariado” (“Resolución Sobre Táctica”). Para la IIIª Internacional, los comunistas debían denunciar, por ejemplo, a los gobiernos “socialdemócratas” u “obrero-liberales” como “falsos gobiernos obreros” puesto que en el “período de declinación del capitalismo [...] estos gobiernos, objetivamente, pueden contribuir a precipitar el proceso de descomposición del régimen burgués”. La política del Frente Popular impulsada por el stalinismo en España y Francia (y anteriormente en China) había sido una negación de plano a los propios principios del comunismo.

En las conversaciones que Trotsky sostuvo con dirigentes del SWP en el período de elaboración del programa, subrayó en repetidas ocasiones que en la perspectiva de la IVª Internacional la consigna del gobierno obrero y campesino debía ser entendida en un “sentido revolucionario” que conduzca a la dictadura del proletariado. Esta es la perspectiva que rescata Jorge Altamira al definir brevemente la naturaleza del método encarado por la IVª Internacional:

El Programa de Transición señala las reivindicaciones cotidianas (esto es lo fundamental) que permiten a la clase obrera oponerse a las exigencias de sacrificios del capital y oponer medidas de salida a la crisis a cada una de estas exigencias. Arma al proletariado, en primer lugar, para una lucha diaria, frente a conflictos parciales, para toda ocasión de enfrentamiento. Pero, a diferencia del reformismo vulgar, señala el camino a seguir ante la resistencia inevitable del capital ante cada una de las reivindicaciones obreras; o sea que al método para abordar la crisis desde el punto de vista de las masas, le suma, en íntima relación, el método para quebrar la resistencia del capital a los reclamos y movilizaciones de los explotados en cada circunstancia de la lucha. Es a partir del desarrollo de esta experiencia que hace emerger la necesidad de la lucha por el poder. Con el mismo procedimiento convoca a todas las organizaciones en lucha a pelear por el poder –a constituir un gobierno obrero y campesino, un gobierno de trabajadores, que realice las reivindicaciones que fueron desarrolladas en el curso de la lucha. Frente a estas organizaciones, el programa presenta a los partidos de la IV Internacional como los consecuentes en la comprensión del objetivo general: el establecimiento de la dictadura del proletariado (este es el sentido que para la IV Internacional tiene el gobierno de la clase obrera) para quebrar definitivamente a la dictadura del capital y al capitalismo (Altamira, 2010: 14).

El método político y la caracterización de la etapa daban el carácter de transición que la intervención política debía traducir en el desarrollo de la organización y en la perspectiva de la revolución. El documento hacía una caracterización amplia de toda una época histórica de la humanidad que se encontraba frente a una “crisis histórica”. Dependía

“del proletariado, es decir, en primer lugar, de su vanguardia revolucionaria” evitar que el conjunto de la civilización humana fuera arrastrada a la catástrofe. Ni la política del *new deal* de Roosevelt ni la del Frente Popular de Francia abrían una perspectiva al impasse económico, cuya crisis de la década del '30 era la manifestación de un período de agotamiento de un régimen social que había dado todo de sí. La guerra no era más que la manifestación de que “las condiciones objetivas de la revolución proletaria no solo están maduras sino que han empezado a descomponerse”. El documento concluía señalando que frente a la crisis de la dirección proletaria y la traición de sus direcciones tradicionales:

... los obreros revolucionarios agrupados en torno a la IVª Internacional señalan a su clase el camino para salir de la crisis. Le proponen un programa basado en la experiencia internacional del proletariado y de todos los oprimidos en general, le propone una bandera sin mácula (Trotsky, 1983 [1938]: 72).

La Conferencia votó, además, un Manifiesto de Fundación dirigido “A los trabajadores del mundo entero” en el que llamaba a luchar contra la guerra con las banderas del internacionalismo proletario, tomando como punto de partida la defensa de las conquistas de la URSS no sólo contra la agresión imperialista sino también de la propia “burocracia anticomunista”.

El Congreso, finalmente, votó un Comité Ejecutivo Internacional (CEI) compuesto, entre otros, por Max Shachtman, Mario Pedrosa, Cyril R. James, Jan Frankel, James P. Cannon, Sam Gordon, Albert Goldman, Oskar Fischer y León Trotsky. Los cuatro primeros serían responsables de un efímero Secretariado Internacional (SI) que se constituirá más adelante en una reunión celebrada en Nueva York en septiembre de 1939.

Hitler, Stalin y la URSS

Los análisis y orientaciones de Trotsky de este período están, como dice Tulio Vigevani, guiados por tres premisas fundamentales: la absoluta confianza en que la revolución y el proletariado serán la respuesta a la catástrofe de la guerra; la defensa incondicional de la URSS frente a los ataques de los imperialismos democráticos y fascistas (combinándola con una lucha contra la burocracia); y la caracterización (como en 1914) de que al ser todos los campos imperialistas igualmente reaccionarios, los revolucionarios de esos países debían intervenir con un programa independiente practicando el “derrotismo revolucionario” contra sus respectivos ejércitos y estados. (Vigevani, 1994)

Esta orientación ya se había definido, tempranamente, en las tesis “La guerra y la IVª Internacional” redactadas por Trotsky y adoptadas por el Secretariado Internacional en mayo de 1934 (Trotsky, 1934). La IVª Internacional se proponía ser “el partido mundial de la revolución socialista” con el objetivo de formar una vanguardia revolucionaria que atravesara la inminente guerra mundial armada de un programa que no sólo preparara a la clase obrera frente a la perspectiva revolucionaria mundial que iba a engendrar esa guerra, sino también para intervenir en un período posterior de guerras y revoluciones que necesariamente debía surgir como resultado del fin del retroceso del proletariado mundial y de la crisis y descomposición del capitalismo y sus estados. (Altamira, 1988)

Apenas veinticinco días después de la fundación de la IVª Internacional, fracasó en Francia una huelga general que convertirá en definitiva la derrota obrera. A partir de entonces comenzará un ciclo reaccionario que llevará al poder al fascista mariscal Petain, futuro colaborador de Hitler. La derrota del proletariado francés, sumada a la del español, abría definitivamente el curso de la guerra.

Por esas fechas se celebraba en Munich una conferencia en la que se firmará un acuerdo, como garantía de paz, entre los gobiernos de Alemania e Italia y los de Francia y Reino Unido. El acuerdo, luego de la invasión nazi a Checoslovaquia, autorizaba a Alemania la anexión de la región de los Sudetes. Los países capitalistas aceptaban -y utilizaban- el expansionismo fascista como fuerza de choque contra el estado obrero.

Trotsky señaló, entonces, un premonitorio pronóstico en un artículo titulado “Después del colapso de Checoslovaquia Stalin buscará un acuerdo con Hitler” (Trotsky, 1938a). Menos de un año después, el 23 de agosto de 1939, Alemania firmaba un pacto de no agresión con la URSS y días más tarde invadía Polonia dando comienzo, ahora definitivamente, a la Segunda Guerra Mundial. Poco después las tropas rusas ocuparían, por oriente, lo que quedaba de ese país.

El acuerdo produjo un rechazo inmediato de muchos militantes e intelectuales de izquierda que no entendían la maniobra y el viraje de Moscú. Trotsky, en cambio, no se mostró sorprendido y en un artículo de principios de septiembre reiteró que él venía hace años pronosticando ese acuerdo. Frente a las justificaciones que hacían otros, Trotsky explicaba que no negaba la necesidad, bajo determinadas circunstancias y coyunturas, de que la URSS realizara alianzas y acuerdos con una o varias potencias imperialistas siempre y cuando, aclaraba, no se embelleciera a estas potencias y se mantuviera una política proletaria independiente. Esa había sido la política que había guiado al gobierno bolchevique hasta 1923. Pero este pacto, como todos los anteriores firmados por Stalin, buscaba todo lo contrario. Para Trotsky:

[La burocracia soviética] sólo es capaz de llegar a acuerdos en función de los intereses de la camarilla gobernante del Kremlin y en detrimento de los intereses de la clase obrera internacional. Los acuerdos entre el Kremlin y las ‘democracias’ significaron para las respectivas secciones de la Internacional Comunista la renuncia a la lucha de clases, el estrangulamiento de las organizaciones revolucionarias, el apoyo al social-patriotismo y, en consecuencia, la destrucción de la revolución española y el sabotaje a la lucha de clases del proletariado francés” (Trotsky, 1939a).

La burocracia se movía empíricamente en pos de acomodarse y evitar a toda costa el conflicto bélico. Ahora era Hitler “quien necesitaba de la ‘neutralidad’ amistosa de la URSS, además de las materias primas soviéticas, para invadir Polonia y entablar la guerra con Inglaterra y Francia [...] El pacto germano-soviético es una capitulación de Stalin ante el imperialismo fascista con el fin de resguardar a la oligarquía soviética” (Trotsky, 1939b).

Para Trotsky el acuerdo no solo desarmaba políticamente a la URSS sino que provocaba confusión en las filas obreras del mundo. La URSS estaba ya desarmada militarmente desde 1937 cuando Stalin había fusilado, en el marco de los “Juicios de Moscú”, a la plana mayor del Ejército Rojo, acusada, precisamente, de “espionaje nazi”.v La sumisión a Hitler probaba que la burocracia ya no tenía capacidad de pensar en el futuro: el

cronograma hitlerista estaba dictado desde mucho tiempo antes y luego de Polonia continuaría en una ofensiva sobre la propia URSS (algo que finalmente se concretaría en junio de 1941).

Un año antes, en el *Programa de transición*, se había adelantado que ante la amenaza de la guerra cuál sería la política de las Internacionales Obreras:

...la IIª Internacional repite su política de traición de 1914 con tanta mayor convicción cuanto que la Internacional Comunista desempeña ahora el papel de primer violín del patriotismo [...] La lucha revolucionaria contra la guerra recae así enteramente sobre los hombros de la IVª Internacional (Trotsky, 1983 [1938]: 39).

El Pacto Hitler-Stalin, también conocido como Ribbentrop-Molotov, causó un gran impacto a nivel mundial, en particular en sectores de la pequeña burguesía norteamericana, y abrió la primer gran crisis de la IVª Internacional. Una fracción del Socialist Workers Party norteamericano (SWP) y varios dirigentes del Comité Ejecutivo Internacional, encabezados por James Burnham y Max Shachtman, comenzaron a calificar, en una serie de documentos y artículos, a la conducta de la URSS como “imperialista” luego de la invasión a Polonia, primero, y Finlandia, después y a plantear que, por lo tanto, había que dejar de defenderla (una posición que se conocerá como “antidefensista”). Con esto, decían, la URSS dejaba de ser un “estado obrero degenerado” para convertirse en una nueva forma de opresión clasista de tipo burocrática. Estas posiciones estaban inspiradas en los argumentos teóricos de Bruno Rizzi, un italiano exiliado en Francia que se había acercado a los círculos trotskistas y que había hecho suya la categoría de “colectivismo burocrático” igualando los regímenes fascistas con la URSS.

Trotsky decidió intervenir en el debate porque percibía que, de expandirse, estas posiciones que calificaba como “pequeño burguesas” podían quebrar la organización. Algunos de estos artículos y cartas fueron, un tiempo después, recopilados en un libro bajo el título *En Defensa del Marxismo*. Allí volvió sobre la naturaleza histórica y contradictoria de la URSS que ya había expuesto con detenimiento en *La Revolución Traicionada* publicado pocos años antes.

La burocracia soviética, insistía Trotsky, no es una clase social: es una casta engendrada por circunstancias históricas particulares, que tiene intereses hostiles a los de la clase obrera pero que no llegó aún a destruir las bases económicas del estado obrero (nacionalización de la tierra y la industria, monopolio del comercio exterior, economía planificada). La contradicción entre las bases sociales obreras asentadas por la revolución y el carácter de la burocracia emergida de la degeneración de la revolución es un hecho histórico y, a su vez, una fuerza motriz. Terminar con esas bases sociales, y recuperar a la URSS para el circuito capitalista mundial, es un objetivo histórico del imperialismo, cualquiera sea su color. La lucha por la “defensa incondicional de la URSS” es contra cualquier ataque político o militar imperialista y contra la propia política de la burocracia. En la defensa de la URSS, agregaba, no sólo se defiende una conquista histórica vigente sino que se defiende a una revolución internacional encerrada, momentáneamente, en fronteras nacionales. (Trotsky, 1975 [1942])

Respecto a las invasiones a Polonia y Finlandia señalaba las diferentes opciones y sus consecuencias. En Polonia, por ejemplo, Trotsky planteaba la posibilidad de que la buro-

cracia se limitase a controlar el estado sin tocar a la burguesía. Pero creía que era mucho más probable que la burocracia la expropiase. No por una vocación programática ni socialista, sino por la “incapacidad” de compartir poder y privilegios. Estas expropiaciones tendrían un carácter contradictorio: si bien revolucionarias eran llevadas a cabo por métodos burocráticos militares. Frente a ello, afirmaba que:

Nuestro criterio político primordial no es el cambio de las relaciones de propiedad en tal o cual área, por muy importante que sea, sino el cambio en la conciencia y organización del proletariado mundial, el afianzamiento de su capacidad para defender sus conquistas y proponerse nuevas. Desde este punto de vista, los políticos de Moscú, en conjunto, constituyen el principal obstáculo para la revolución mundial (Trotsky, 1939c).

La invasión a Finlandia tenía un carácter similar. Para Trotsky se podría justificar en dos sólidos argumentos: por un lado, porque al ser el gobierno finlandés un agente del imperialismo norteamericano e inglés, la URSS se defendía de una posible agresión; por el otro, porque inmediatamente luego de la invasión, el Ejército Rojo expropiaba a la burguesía. El problema, agregaba, es que esta invasión se hacía, como con Polonia, con métodos bárbaros y burocráticos que despertaban el rechazo de los trabajadores. Por lo tanto, aunque trajera ventajas militares inmediatas, estratégicamente socavaba la defensa real de la URSS. La IV^a se pronunciaba, entonces, por el derrotismo revolucionario en Finlandia, por la defensa de la URSS, al tiempo que reclamaba la independencia de la Finlandia soviética contra una anexión burocrático-militar.

En su debate, Trotsky buscaba aislar lo que llamaba las posiciones “pequeño burguesas” y “anti-marxistas” (que identificaba fundamentalmente con James Burnham y Martin Abern) del resto de la minoría del SWP para evitar que se fueran del partido (Broué, 1988). Sin embargo, la lucha faccional culminó, luego de un año de debate, con la ruptura de los mencionados junto a Max Shachtman y, aproximadamente, un cuarenta por ciento del SWP; la mayoría de la juventud de la sección francesa y la disolución de hecho del Comité Ejecutivo Internacional, ya que la mayoría de ellos integraban la fracción –además de Shachtman: Mario Pedrosa, Jan Frankel y Cyril LR James, entre otros-. Shachtman fundó un efímero Worker’s Party (WP) que se mantuvo durante algunos años en los márgenes de la IV^a Internacional, y que en 1949 se transformó en Internacional Socialist League (ISL) para más adelante ingresar al Partido Socialista norteamericano.

Tras la escisión se resolvió convocar una Conferencia de Emergencia de la IV^a Internacional para discutir la situación política, las tareas a seguir y elegir una nueva dirección política. A principios de mayo los nazis habían invadido, en una nueva escalada, Francia, Holanda y Bélgica, cambiando el cuadro político general. La Conferencia, que se reunió en Nueva York del 19 al 26 mayo de 1940, fue la última en vida de Trotsky. De su pluma salió el Manifiesto sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial, el principal de los documentos adoptados por la Conferencia. Escrito cuando ya la guerra tenía varios meses de desarrollo, puede ser considerado por la complejidad y cantidad de temas que aborda como una actualización del Programa de Transición frente al nuevo escenario. De un análisis del mismo, así como de de la actuación de las organizaciones y militantes de la IV^a Internacional en la guerra nos ocuparemos en un próximo trabajo.

Notas

1 Los delegados presentes en la Conferencia fueron los norteamericanos Max Shatchman, James P. Cannon y Nathan Gould; los franceses Pierre Naville, Joannès Bardin, Yvan Craipeau, Marcel Hic, David Rousset y Jean Rous; los belgas León Leoil y Walter Dauge; los británicos Cyril RL James, Hilary Sumner Boyd y Denzil Harber; los alemanes Josef Weber y Otto Schüssler; los griegos Giorgios Vitsoris y Michel Raptis; los polacos Herschl Mendel y Stefan Lamed; el italiano Pietro Tresso; el brasilero Mario Pedrosa y el ruso Mark Zborowski. Los austríacos Georg Scheuer y Karl Fischer no fueron, finalmente, admitidos como delegados.

2 De acuerdo con un dirigente del POUM, Wilebaldo Solano, la no participación en el encuentro de París se debió a un boicot del infiltrado agente stalinista Zborowsky que era el encargado de “encontrarse” con Narcis Molins i Fábrega, el delegado de este partido en París. Solano (1989) afirma que hubieran participado pese a que “el POUM, naturalmente, no pensaba incorporarse a la IVª Internacional porque tenía otra perspectiva y estimaba que era prematuro crear una nueva Internacional. Pero colaboraba con todas las fuerzas socialistas y comunistas independientes del Kremlin y, en aquel momento, tenía especial interés en contar con todos los concursos posibles para hacer frente a la represión estalinista en España y a sus lamentables consecuencias en la lucha militar contra el franquismo. De ahí que, pese a los ataques de que había sido objeto por Trotsky y ciertos militantes trotskistas, decidiera asistir como observador a la Conferencia de la IVª Internacional”.

3 De acuerdo con un dirigente del POUM, Wilebaldo Solano, la no participación en el encuentro de París se debió a un boicot del infiltrado agente stalinista Zborowsky que era el encargado de “encontrarse” con Narcis Molins i Fábrega, el delegado de este partido en París. Solano (1989) afirma que hubieran participado pese a que “el POUM, naturalmente, no pensaba incorporarse a la IVª Internacional porque tenía otra perspectiva y estimaba que era prematuro crear una nueva Internacional. Pero colaboraba con todas las fuerzas socialistas y comunistas independientes del Kremlin y, en aquel momento, tenía especial interés en contar con todos los concursos posibles para hacer frente a la represión estalinista en España y a sus lamentables consecuencias en la lucha militar contra el franquismo. De ahí que, pese a los ataques de que había sido objeto por Trotsky y ciertos militantes trotskistas, decidiera asistir como observador a la Conferencia de la IVª Internacional”.

4 “Estamos en un pequeño bote en medio de una tremenda corriente. Hay cinco o diez botes. Si uno se hunde decimos que se debió a un mal timonel. Pero la razón no fue ésa sino que la corriente era demasiado fuerte [...] El que nada contra la corriente no está ligado a las masas. Asimismo, en sus comienzos, la composición social de todo movimiento revolucionario no es obrera. Son los intelectuales, los semiintelectuales o los trabajadores conectados con los intelectuales los que no se conforman con las organizaciones existentes. Encontramos en todos los países una cantidad de extranjeros que difícilmente estén insertos en el movimiento obrero de su propio país. Un checo en Norteamérica o en México se convertiría más fácilmente en miembro de la IVª Internacional que en la propia Checoslovaquia. Lo mismo ocurre con un francés en Norteamérica. La atmósfera nacional tiene un enorme poder sobre los individuos [...] Una nueva tendencia radical dirigida contra la corriente general de la historia cristaliza en este período en torno a los elementos más o menos separados de la vida nacional de un país dado y para ellos es más difícil penetrar en las masas. Todos nosotros tenemos una actitud muy crítica ante la composición social de nuestra organización, que debemos cambiar; pero tenemos que entender que esta composición social no cayó del cielo sino que fue determinada por la situación objetiva y por nuestra misión histórica en este período.” (Trotsky, 1939a).

5 En agosto de 1937 Stalin planteó una purga sobre los “enemigos del pueblo” en los medios militares. Así fueron ejecutados ocho generales, trece de los diecinueve comandantes del cuerpo del ejército, ciento diez de sus ciento treinta y ocho comandantes de división y brigada, la mitad de los comandantes de regimiento y la mayor parte de los comisarios políticos. Se calcula un total de treinta y cinco mil los oficiales ejecutados, incluido el mariscal Tujachevsky, vice ministro de Defensa. “El ejército rojo fue decapitado”, declaró Trotsky al enterarse de las ejecuciones. Informes secretos cuentan que al enterarse de la noticia Hitler proclamó: “Hemos neutralizado a Rusia por diez años” y a partir de esto preparó la conquista de Checoslovaquia y la apertura del frente oriental.

Referencias

Alexander, Robert Jackson (1991). *Internacional Trotskism 1929-1985: a documented analysis of the movement*. USA: Duke University Press.

Altamira, Jorge (1988). “El partido mundial de la revolución”, en *Prensa Obrera*, N° 237. Buenos Aires: Ed. Rumbos, 17 de agosto.

- Altamira, Jorge (2010). "Trotsky, un revolucionario de nuestra época", en *Prensa Obrera*, N° 1142. Buenos Aires: Ed. Rumbos, 19 de agosto.
- Bensaïd, Daniel (1988). *The formative years of the Fourth International (1933-1938)*, International Institute of Research and Education, Amsterdam.
- Broué, Pierre (2000). "Trotsky y los trotskistas frente a la segunda guerra mundial", en *Cuadernos CEIP "León Trotsky" N° 1*, Buenos Aires.
- Broué, Pierre (1988). *Trotsky*. Paris: Fayard.
- Coggiola, Osvaldo (1990). "A IV Internacional, historia de meio século", *Trotsky Ontem e Hoje*. Belo Horizonte: Nosso Tempo.
- Coggiola, Osvaldo (1996). "Para la reconstrucción de la IVª Internacional", en *En Defensa del Marxismo*, N° 14, Buenos Aires: Ed. Rumbos.
- Coggiola, Osvaldo (2008). "1938-2008. Setenta anos da fundação da IVª Internacional. En defensa da León Trotsky", en *Projeto História* N° 36, junio, São Paulo.
- Deutscher, Isaac. (1969) *Trotsky, el Profeta Desterrado*, México: Ed. Era.
- Documentos de la IIIª Internacional. "Cap. XI. El Gobierno Obrero". De la "Resolución Sobre Táctica" de la Internacional Comunista (aprobada en el IVº Congreso, noviembre de 1922). Buenos Aires: Ed. Política Obrera.
- Frank, Pierre. (1973) *Historia de la IVª Internacional*. Buenos Aires: Cuadernos Rojos.
- Hansen, Joseph (1978). "El programa de transición de Trotsky: sus orígenes y su importancia actual", en *Introducción al Programa de Transición*, Ed. Fontamara: Barcelona.
- Klement, Rudolf (1988) [1938]. "La segunda conferencia internacional, 1 de abril de 1938", en *Prensa Obrera*, N° 237. Buenos Aires: Ed. Rumbos, 14 de agosto.
- Prensa Obrera (1987) "Hace 50 años Stalin decapitó a la flor y nata del Ejército Rojo", N° 189, Buenos Aires: Ed. Rumbos, 8 de Julio.
- Rieznik, Pablo (2010). *Trotsky y la lucha por la IVª Internacional*. (Inédito)
- Roldán, Andrés (1988). "El Programa de Transición", en *Prensa Obrera*, N° 240. Buenos Aires: Ed. Rumbos, 7 de septiembre.
- Solano, Wildebald. (1989) "Andreu Nin y León Trotsky", intervención en jornadas "Trotsky Hoy", febrero. Disponible en <http://www.fundanin.org/solano10.htm>
- Trotsky, León. (1934) "La guerra y la IVª Internacional. 10 de junio". *Escritos (1929-1940)*, Libro 3, publicado en CD. Buenos Aires: CEIP "León Trotsky", 2000.
- Trotsky, León (1938a) "Después del colapso de Checoslovaquia Stalin buscará un acuerdo con Hitler" 22/9/38 en *Escritos (1929-1940)*, Libro 6 (1938-40) publicado en CD. Buenos Aires: CEIP "León Trotsky", 2000.
- Trotsky, León (1939a). "Luchando contra la corriente" *International Bulletin, SWP*, Vol. II, N° 4, abril. En *Escritos (1929-1940)*, Libro 6 (1938-40) publicado en CD. Buenos Aires: CEIP "León Trotsky", 2000.
- Trotsky, León. (1939b) "¿Qué hay detrás de la oferta de Stalin de llegar o un acuerdo con Hitler? 6 de marzo". En *Escritos (1929-1940)*, Libro 6 (1938-40) publicado en CD. Buenos Aires: CEIP "León Trotsky", 2000.
- Trotsky, León. (1939c) "La alianza germano-soviética. 2 de septiembre". *Escritos (1929-1940)*, Libro 6 (1938-40) publicado en CD. Buenos Aires: CEIP "León Trotsky", 2000.
- Trotsky, León (1939d) "La URSS en guerra", 25 de septiembre, *En Defensa del Marxismo* [1942] Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/trotsky/1940s/dm/02.htm>
- Trotsky, León (1975) [1942] *En Defensa del Marxismo*. Buenos Aires: Ed. El Yunque.
- Trotsky, León (1983) [1938] *El Programa de Transición*. Buenos Aires: Ed. El Yunque.
- Trotsky, León (2008). *El Programa de Transición y la fundación de la IVª Internacional*, Buenos Aires: Ed. CEIP "León Trotsky".
- Van Heijenoort, Jean (1988) (1944) "Cómo fue concebida la IVª Internacional", en *Prensa Obrera*, N° 238, Buenos Aires: Ed. Rumbos, 24 de agosto.
- Vigevani, Tullo (1994). "Trotsky: sua análise da Segunda Guerra Mundial", en *Trotsky Hoje*, São Paulo: Ed. Ensaio.